

Primero:

«Sabemos que el Sr. Góngora, algo quebrantado de salud, ha decidido abandonar las tareas del foro.»

Segundo:

«Es completamente falso que el rico jurisconsulto señor Góngora haya decidido cerrar su bufete.»

De esta manera el runrún, saliendo de la estrecha publicidad de los corrillos, había entrado en la gran publicidad de las letras de molde.

¿Qué había de verdad en todo ello?..

Nosotros, que seguimos atentamente el curso de esta historia, tenemos algún derecho á saberlo, y al fin lo sabremos.

CAPÍTULO XVII

LA VIUDA Y LA HUÉRFANA

Confieso con toda ingenuidad que anduve poco acertado al dejar que llegase á oídos de los lectores la fama de belleza con que la voz pública ensalzaba los atractivos personales de la hija del Americano, porque estos juicios, que se transmiten de boca en boca, y se transmiten de unos en otros, y que todos repetimos, como ecos alquilerados por la celebridad, suelen ser exageraciones del momento, entusiasmos fugitivos, que tienen tanto de falsos como de pasajeros; connivencias tácitas del vulgo, que rinde ciego culto á todo lo que la casualidad ó el capricho pone en moda, y temo que al encontrarse con ella frente á frente, el lector no vea en ella motivo verdadero de tantas alabanzas; porque, ya se ve, eso que llamamos opinión pública propende por su naturaleza irreflexiva á sacar las cosas de quicio, lo mismo cuando ensalza que cuando vitupera. Sea el que quiera el platillo en que eche el peso de su infeliz autoridad, la balanza ha de inclinarse hasta tocar el lodo de la tierra ó ha de levantarse hasta llegar á las nubes.

Para el mejor efecto de esta presentación, he debido omitir el retrato, hasta que nuestros lectores se hubieran ido acostumbrando al original; he debido tenerla oculta para presentarla de pronto en la ocasión más dramática y en el momento en que se hallara en mayor esplendor su juventud, su belleza y su genio; pero he tenido miedo de al-

terar el orden con que los sucesos se hallan enlazados entre sí, y ya no hay más remedio que tener paciencia, si, como sospecho, el original que vamos á conocer no corresponde al original que ya conocemos.

Lejos del centro de la población, donde brillan tantas prosperidades y tantas miserias, en una calle de poca importancia, hay una casa de humilde apariencia, en la que, subiendo el primer tramo de la escalera, cuyos primeros peldaños invaden en parte el estrecho recinto de la portería, se encuentra un entresuelo, uno solo, y en él vive la hija del Americano.

No hay más que tirar suavemente de un botón de cobre que se hunde en la pared, contiguo á la puerta, para que en el interior del cuarto suene una campanilla, que resuena anunciando, ya una inesperada visita, ya una visita esperada. Después la puerta se abre, y entonces no hay más que entrar. Desde el momento en que se pasa del umbral se advierte esa vaga esencia que el aseo esparce en el ambiente, y se ven señales que indican que por la familia que allí habita ha pasado la corriente de lujo. Es una orilla apartada y solitaria, adonde el mar de la opulencia ha arrojado algunos restos del naufragio. Hay cuadros que se despegan de aquellas paredes, y muebles que no caben en aquellas habitaciones.

Pronto se ve que vive allí quien no desconoce las necesidades, mejor dicho, las comodidades de la vida; y en verdad no se echa de menos ningún requisito; no falta más que espacio.

La sala está tan cerca de la puerta, que bastan dos pasos para entrar en ella; y estos dos pasos miden toda la extensión del recibimiento. Los pies se encuentran con el doble tejido de una rica alfombra, cuyos vivos matices empesaban á palidecer, á pesar del esmero con que parecía conservada, descubriendo por las interrupciones del dibujo

que no había sido hecha para la estrechez de aquel aposento; pero, ya se ve, sabía acomodarse lo mejor posible á las dificultades de su nueva posición, y sin ocultar el lujo en que había nacido ni la pobreza en que se hallaba, se partía generosamente para cubrir el suelo de la sala y el del gabinete contiguo. Semejante á una reina destronada, conservaba en medio de su desgracia la majestad de su origen...

Del techo, sencillamente vestido de papel azul, sin rosetón y sin guirnalda, pendía de un cordón de seda carmesí una lámpara de bronce, que abría sus dos brazos incansables para sostener á igual distancia dos bombas de cristal cuajado, tal vez envanecida al verse en la sala, cuando antes no habría pasado nunca del recibimiento.

Alrededor de las paredes se extendía con cierta dificultad una sillería de terciopelo verde, digna en tiempos felices del salón de un palacio. Entre los dos escasos balcones que daban luz á la sala se veía una consola sostenida por garras de león doradas, y encima un espejo, y delante del espejo un reloj de mármol, cubierto por un fanal y colocado entre dos preciosos jarrones de porcelana; y en fin, á un lado y á otro de la mesa había dos pequeñas jardineras. Las colgaduras que cubrían los huecos de las puertas eran de seda, también verde; verde desmayado, como el de la primavera que se despide.

En el gabinete llamaba la atención un escritorio de palo santo, con incrustaciones de marfil y primorosamente trabajado; lo reducido de sus proporciones y la riqueza de sus adornos advertían que era, á la vez, un mueble de lujo y de capricho. Hacía juego con un piano vertical, hallándose ambos muebles colocados á uno y otro lado de la chimenea. Dos butacas de gutapercha, dos marquesitas de tapicería, un velador de caoba y unas cuantas sillas de bejuco completaban el menaje del gabinete. Estas eran las habitaciones principales de la casa en que vivía la viuda del Americano.

¡Vivíala!. Muy pronto lo he dicho. Desde el día en que la muerte entró en su casa para dejarla en la doble soledad de la viudez y la pobreza, encerró su pena en el fondo del alma, consagrándose á completar la educación de su hija única. Jamás había querido separarse de ella, no encontró nunca su cariño ni institución ni colegio alguno que pudiera substituir á la ternura, á los desvelos, á los cuidados de una buena madre. Se había propuesto dirigir ella misma su educación, como la mejor maestra, la mejor amiga y la mejor consejera. En su orgullo de madre, creía que sólo ella podía infundir en su tierno corazón la pureza de los bellos sentimientos. Dejó á profesores escogidos el cuidado de enseñarla dibujo, francés, música, historia y geografía; consintió que recibiera algunas lecciones de equitación; pero á coser, á bordar, á creer, á rezar y á amar, ella sola la enseñaba. Permitía que adornaran su inteligencia con todos los conocimientos propios de una educación esmerada; pero allí, en su casa, bajo su vigilancia; en cuanto á su corazón, ella sola quiso dirigirlo... Era á la vez para su hija madre, aya y amiga.

Palabra por palabra, había estampado en su memoria las más fervorosas oraciones. Cada noche, al acostarla, le hacía bendecir el nombre de Dios, y la niña se dormía después de haber oído de boca de su madre el relato de algún pasaje de la Historia Sagrada, sencilla y piadosamente explicado. En el costurero en que la niña hacía labor delante de su madre, había siempre dos libros; el catecismo y el devocionario. En medio del gran mundo en que vivían, la madre encontraba siempre una hora para que su hija leyera en alta voz, y en presencia de los criados, la vida del santo del día.

Veíala el Americano complacido crecer en inteligencia, en bondad y en belleza, y acariciándola solía decirle:

— Hija mía, te he elegido la mejor madre del mundo.

Hacia siete años que el Americano había muerto, herido por el desastre de su ruina. La huérfana tenía entonces diez años, y comprendió con toda claridad la desgracia que les había caído encima, y desde entonces empezó entre ellas una lucha heroica. Se ocultaban una de otra para llorar, y se reunían para consolarse... Ambas tenían el corazón despedazado; pero ninguna quería descubrirlo, para no afligir más á la otra... Existía entre ellas cierta rivalidad de fortaleza, que les daba vigor para sostenerse una en otra en el desfallecimiento de su pena.

La ruina fué completa..., sólo les quedó la pequeña casa, en cuyo único entresuelo acabamos de entrar, los muebles que hemos visto y algunas alhajas, que, aunque poco á poco, iban desapareciendo.

Durante el año del luto, ni la madre ni la hija pensaron en la pobre situación en que se veían. Eran dos grandes desgracias las que experimentaban, mas en sus corazones sólo cabía una; ó, más bien dicho, una sola era la que llenaba el corazón de la madre y el corazón de la hija. No tenían ojos más que para llorar la muerte de aquel buen marido, de aquel buen padre, que había muerto en sus brazos sin poder hablar, y en cuyos ojos moribundos habían recogido dos lágrimas, como el último testimonio de su cariño... ¡La ruina de sus intereses!.. He ahí una cosa en la cual ninguna de las dos había pensado.

Al año, sin embargo, fué preciso advertir que la casa en que vivían era demasiado grande para ellas, y que el fausto que las rodeaba era necesario dedicarlo en su mayor parte á pagar las últimas deudas. Entonces recogieron los restos del naufragio, y dieron el último adiós al gran mundo, en que hasta entonces habían vivido.

No fué esta despedida excesivamente dolorosa, porque el gran mundo se anticipó, volviéndoles antes la espalda. Se encontraron sin marido y sin padre, sin bienes de for-

tuna y sin amigos. Los amigos fueron desapareciendo poco á poco; unos al principio, otros después, y últimamente todos.

Solas la madre y la hija, la viuda y la huérfana, escondieron su dolor y su pobreza en el cuarto entresuelo donde hemos entrado. Aquí dió la viuda la última mano á la educación de su hija... Hasta entonces la había enseñado á ser fuerte contra la prosperidad, ahora la enseñaba á tener fortaleza contra las adversidades.

Así pasaron dos años, con los que la huérfana llegó á cumplir trece.

El día del segundo aniversario de la muerte del Americano, la madre y la hija pasaron la mañana en la iglesia, y la tarde hablando; es decir, recordando la vida, las bondades de aquel que lloraban muerto.

Al día siguiente la viuda llamó á su hija, y le dijo:

— Es preciso que me ayudes á una obra que nos va á ser penosa, y que he alargado hasta hoy, esperando que la edad completara tu juicio. Pero ya has cumplido trece años, estás hecha una mujer, y me tienen muy contenta tus sentimientos y tus ideas. ¡Ay, hija mía!, la desgracia es una gran maestra..., ella ha aumentado la precocidad de tu inteligencia.

La huérfana se sentó á los pies de su madre, le cogió una mano y se la besó, ocultándole á la vez de esta manera dos lágrimas empeñadas en escaparse de sus ojos.

La viuda siguió diciendo:

— Hoy vamos á empézar una triste tarea. Vamos á examinar detenidamente todos los papeles de tu padre. Tú tienes la llave del escritorio que conservamos como un recuerdo, en que se encuentran su correspondencia particular y los documentos de los asuntos que él mismo despachaba por su mano. Abre el escritorio, y coloca sobre el velador todos esos papeles, los iremos examinando.



LA HIJA LEÍA Y LA MADRE ORDENABA LOS DOCUMENTOS

La huérfana hizo lo que su madre le ordenaba, y ambas empezaron el examen de los papeles. La hija leía y la madre ordenaba los documentos por fechas y en legajos separados, según la índole de cada uno.

De vez en cuando la madre y la hija se miraban en silencio, y, sin decir palabra, volvían de nuevo á su tarea.

De estos papeles ya tenemos alguna noticia, pues son precisamente los mismos que hemos visto sobre la mesa del despacho de Luis.

Duró el examen algunos días, al cabo de los que, y terminada la tarea, la huérfana se quedó contemplando á su madre, que con la cabeza entre las manos parecía sumergida en profunda meditación. Luego alzó el semblante, y sus ojos se encontraron con los ojos de su hija. Entonces le preguntó:

— ¿Qué te parece todo esto?

La niña se encogió de hombros, sin apartar los ojos de su madre.

— No me ocultes tu pensamiento — añadió la viuda, — si es justo, para confirmarlo; si es injusto, para corregirlo.

— Mi pensamiento — le contestó bajando los ojos — es una sospecha...

— Y bien — volvió á preguntarle su madre. — ¿Qué sospechas?

— Sospecho que mi padre ha sido engañado.

— ¿Por quién, hija mía?

La huérfana vaciló en dar la segunda respuesta, y su madre insistió diciendo:

— No me ocultes nada.

— Mi padre era muy bueno — contestó al fin; — no confiaba de nadie y le han engañado. . Lo ha engañado... ese señor Valle-alegre.

— Sí — dijo la viuda con triste desaliento. — Tu inocen-

cia ha comprendido también lo que yo sospechaba. Lo arruinaron, y la ruina fué su muerte.

La huérfana se puso en pie exclamando:

— ¡Y no hay justicia en la tierra!

Su madre le contestó:

— En la tierra no se encuentra siempre; pero la justicia de Dios no falta nunca.

Desde aquel día se apoderó de la viuda una idea tenaz, que la llenaba de angustia. En tres años de viudez había envejecido. Apenas tendría entonces treinta y ocho años, y su cabeza blanqueaba; en sus mejillas se veían los surcos de las lágrimas, y su cuerpo encorvado se doblaba, como si no pudiera soportar por más tiempo el enorme peso de su pena. Observaba que la vida se iba escapando de su ser, y que no tardaría mucho en cerrar los ojos para siempre. ¿Qué iba á ser entonces de su hija? La muerte tenía para ella un aspecto halagüeño, y la habría recibido como una gracia, como un beneficio; pero dejar sola en el mundo á su hija, sin más amparo que el de su inocencia, su juventud y su belleza, era una idea que la aterraba; este fué su pensamiento fijo.

Hizo un esfuerzo supremo, y decidió vivir..., vivir á toda costa. Cuando la muerte habría sido para ella un bien, le pedía á Dios la vida con todo el fervor de su alma. No era la viuda del Americano una mujer ejecutiva, de movimientos prontos, de arranques impetuosos; más bien parecía reflexiva, indecisa y aun indolente; pero en realidad, poseía la energía reposada de las almas fuertes.

Durante muchos días meditó acerca de la situación en que se hallaba, y pensando en su hija, sólo en su hija, comprendió que no era sólo el deber de vivir el que pesaba sobre su conciencia; porque no podía llevar el desinterés de su corazón hasta el punto de exponer á su hija á las angustias de la miseria. Si de la lectura de los papeles guar-

dados en el escritorio la inocencia de su hija y su propia experiencia habían sacado la presunción vehemente de que existía en aquel asunto un criminal abuso de confianza, ¿por qué no intentar alguna reclamación que alcanzara á devolverles algo de lo que habían perdido?

Desde el primer instante de su viva sospecha, con la espontaneidad propia de los nobles sentimientos, había perdonado al autor de su desgracia; mas no podía, no debía llevar la generosidad hasta el sacrificio de su hija. Meditó mucho el caso, y buscó sabios consejos que confirmaran sus propósitos. Buscó á los abogados más notables, y unos se excusaron de oírlo, otros la oyeron y la desahuciaron, pocos se presentaron á examinar los documentos, y ninguno se determinó á intentar la reclamación que se pretendía.

¿Qué podía conseguir en asunto tan oscuro una pobre viuda contra un banquero tan poderoso como Valle-alegre?

— No tenemos razón — decía. — Tal vez hemos sido injustas en nuestras sospechas. Ante la justicia de los hombres no basta presumir, es preciso probar, y nosotras no tenemos pruebas.

— ¿Y qué importa? — le replicaba su hija. — Yo sé bordar, dibujo con bastante soltura, sé música... y no nos faltará nada, porque el trabajo es también una riqueza, y una riqueza que no nos pueden robar.

Los ojos de la viuda se arrasaban de lágrimas, la huérfana se arrojaba al cuello de su madre, y las dos lloraban abrazadas.

No se volvió á hablar más de los papeles, no volvió á pronunciarse en voz alta, ni una sola vez, el nombre de Valle-alegre; pero el pensamiento de la madre había pasado á la hija. En su corazón vivo y ardiente no había bastante virtud para olvidar el nombre del que había causado la ruina de su casa y la muerte de su padre, y le pedía á Dios justicia contra aquel hombre, y esperaba en la firmeza

de su fe que alguna vez ó de algún modo habría de concedérsela. Siempre que sorprendía alguna lágrima en los ojos de su madre, el nombre de Valle-alegre acudía á su memoria, y sentía en el fondo de su alma un estremecimiento involuntario, pero se sonreía para enjugar aquella lágrima silenciosa.

Así pasaron tres años más; la viuda obstinada en vivir, y la huérfana empeñada en que Dios volviera sobre Valle-alegre el brazo de su justicia.

En esto comenzó á sonar por el mundo la fama de Góngora, y el eco de su celebridad llegó también á la casa de la viuda. La alegría con que la hija comunicó la noticia á su madre, descubrió el pensamiento que interiormente la agitaba.

— ¡Ay! — exclamó la viuda. — No debemos alimentar esperanzas. Los hombres no pueden nada contra la voluntad de Dios, y nuestro deber es someternos á su voluntad.

— Sí, señora — le replicó la hija. — Pero ¿y si Dios quisiera?

— Pero, hija mía, ¿y si no quiere?

— ¡Bah! — exclamó. — Sí quiere. Lo que es que como nosotras no hacemos nada...

— ¿No lo hemos hecho ya todo? — preguntó la madre.

— Usted, sí; pero yo ¿qué he hecho? Ahora me toca á mí. Déjeme usted que á lo menos haga yo una prueba.

La viuda atrajo hacia sí á su hija, y la estrechó contra su corazón, abrazándola... para vivir, porque ella era el único ser que la detenía en el mundo.

Con la pronta decisión de los caracteres resueltos, la hija del Americano tomó la pluma y escribió rápidamente estos cuatro renglones:

«Caballero: mi madre y yo estamos seguras de que mi padre, hace ya algún tiempo, fué robado, y quisiéramos saber si tenemos razón para quejarnos. El autor de tanto

daño es muy poderoso, nosotras somos muy pobres, vivimos solas y estamos siempre en casa.»

Debajo de estas líneas estaba la firma, y más abajo el nombre de la calle y el número de la casa. El sobre iba dirigido á Luis.

El abogado se presentó en la casa de este singular cliente, y oyó de los labios de la huérfana la relación clara, precisa y minuciosa del caso. Luis oía con la boca abierta, y la madre no apartaba los ojos de su hija. Admiraba la exactitud del relato, descubriendo que su hija habría pensado mucho en ello.

A Luis no le era desconocido del todo aquel asunto; había oído hablar muchas veces de la prosperidad de Valle-alegre, á la que se le daba por fundamento la ruina del Americano. Su corazón generoso se puso inmediatamente de parte de aquella familia desamparada, y, guiado por el entusiasmo de sus nobles sentimientos, concibió la esperanza de ser en aquel caso el brazo de que Dios se servía para ejercer su justicia. No solamente concibió esta esperanza, sino que se complació en infundirla en la viuda y en la huérfana.

Aquel archivo de papeles pasó á su despácho; allí los examinó con afán, con ansia..., y poco á poco se fué convenciendo de que la viuda y la huérfana tenían razón ante Dios, pero razón que no les daba derecho á quejarse ante la justicia de los hombres.

Visitaba con frecuencia á la viuda, y las animaba cuando él iba perdiendo toda esperanza.